

EL ECO DE LA FUSION

PERIÓDICO REPUBLICANO BISEMANAL

AÑO IV

Precios de suscripción
En Tortosa, al mes..... 0'50
Fuera, trimestre..... 1'50
Anuncios y comunicados á precios convencionales.—Pago anticipado.

Tortosa 7 de Marzo 1901

Puntos de suscripción

En la REDACCION, y ADMINISTRACION, Replá, 3, donde se dirigirá la correspondencia. NÚM. 19

MINUTA

Otra vez Sagasta

¡EMBUSTEROS!

Según los últimos telegramas recibidos antes de anoche, la reina ha llamado por fin al señor Sagasta para que forme ministerio.

Después del enigma político que estos días ha venido descifrándose y de las mil y pico de combinaciones y tonterías para mandar á despecho del pueblo Pedro ó Diego, vuelve á encargarse del poder el veterano trapisonda don Práxedes Mateo Sagasta.

Los periódicos afectos estampan en sus columnas la subida del señor Sagasta, regocíjense y dicen que es la única salvación y el anhelo que en la opinión general dominaba estos días.

¡Embusteros, una y mil veces!

¿No os acordáis ya de la guerra de Cuba, del desastre de Cavite, de Filipinas, y de aquella jargarreta... con Aguinaldo, ocasionado todo por vosotros y demás partidos turnantes, faltos de tacto y experiencia?

¿No recordáis que también por vuestra culpa se encuentra España sumida á la más espantosa ruina y que por vuestra terquedad maldita, lloran las madres la muerte de millares de hijos nacidos de sus entrañas que les arrebatastéis de su seno para llevároslos á una guerra por todos conceptos miserable y bochornosa y que todos, casi todos iban forzosos á cumplir vuestro mandato, por causa tan injusta?

¿No recordáis tampoco que pudiendo evitar tantos males no los evitastéis, importándoos un comino la sangre derramada, y que muchos de los infelices que pelearon y tuvieron la suerte de volver, vense faltos de trabajo ó inútiles por alguna enfermedad adquirida en la guerra?

Y después de tanto tiempo y de haber derramado abundantísimas lágrimas, se os olvida por fin de fiesta publicar la lista de los mártires que sucumbieron en tan desastrosa pelea, por temor sin duda á que el pueblo, el verdadero pueblo que tiene derecho á protestar de vuestros actos, se subleve, amparándose en la estricta justicia.

Lo que habeis pensado: El pueblo no está para saber las bajas que hemos sufrido en Cuba y Filipinas, bastante tiene que llorar.

Y esa prensa que todo lo falsea, que miente siempre que habla, que nada apoya á favor del pueblo pagano, se atreve aún á publicar en letras de molde la subida de Sagasta en el poder como si se tratara de un acontecimiento nacional que reanimase el ya abatidísimo espíritu de los españoles!

¡Embusteros! No metamorfoséis la verdad; decidle al pueblo que os cree, que vuestros amigos no van á regenerar al país, sino á comer á dos carrillos, á recostarse en el sillón ministerial, á no hacer caso de las súplicas justas y razonadas y seguir, más calamitosamente si cabe, la marcha ignominiosa de vuestros predecesores.

¡Embusteros!!

J. Azogaraz.

Tortosa 6 de marzo 1901.

Actualidades

Todos los hombres que piensan, sienten y en algo estiman el porvenir de nuestra Patria, tienen la vista fija en el gran problema social y político que está España llamada á resolver.

La dificultad que entraña y más que todo lo heterogéneo de los partidos que defienden y sintetizan los varios ideales que se sustentan, hace que se miren amedrantados unos á otros y con una desconfianza de mal agüero; como si presintieran la imposibilidad material de dar vida y forma á un programa concreto y terminante que aleje para siempre todo recelo.

De esa misma desconfianza, antagonismo y falta de fe adolece también el partido republicano, olvidando desgraciadamente que la falta de cohesión en sus filas y en la unidad de pensamiento, traen consigo males irremediables y retrasa indefinidamente la realidad de sus aspiraciones.

Todo el mundo repite como si fuera un estribillo de una canción nueva, ¡no tenemos un hombre! ¡Falta un alguien, que se ponga á la cabeza; y todos le seguiríamos sin levantar los ojos del suelo hasta llegar al término de la jornada redentora!

¡Mentira! Hombres no faltan. Antes al contrario; hay plétora de ellos, y de ahí provienen todas nuestras debilidades y todas nuestras desgracias.

Prescindieran, unos y otros, de tanto amor propio y de tanta vanidad, como alardean á cada momento y en todas las ocasiones; y entonces, con espíritu sereno y sana imparcialidad, reconocerían el verdadero mérito de alguno de los muchos que nos rodean y no cabe duda, que éste daría la iniciativa y el problema quedaría resuelto.

¿Hay valor en España para prescindir de la política personal y exclusiva, que hoy se enseorea en todas las clases sociales y hasta en los más recónditos lugares de nuestra Península? ¿Sí? ¡Pues nos hemos salvado!

¿Seguimos contemplando los deseos de éste, las aspiraciones de aquél, las promesas de unos y las amenazas de los otros, sin protestar de una manera enérgica y sin castigarlos con el más soberano de los desprecios? ¡Pues nos hemos hundido para siempre en el abismo de las esperanzas irrealizables!

La cosa es clara. Se trata para España de ser ó no ser. Es una ilusión la de fantasear para la patria una vida exuberante y tranquila, apartada de la corriente del progreso y vegetando en los limbos de la barbarie y del indiferentismo.

El pueblo que no tiene cariño á sus ideales y que por la defensa de ellos, no sabe ó no quiere sacrificarse, tiene hecha su apología. Y si para defender estos ideales no se le exige que derrame su sangre, ni aún tampoco que sacrifique sus afecciones, ni comodidades; sino que se una y concentre como en apretado haz para separar de su lado, todo lo que le perjudique, todo lo que inficione su dogma político y todo lo que le aparte de lograr en un plazo más ó menos lejano la implantación de la única forma de gobierno que cree capaz para su regeneración, y no le lleva á cabo con verdadero entusiasmo, comete un de-

lito de lesa Patria y de tal magnitud, que no hay frases bastantes para darle nombre.

Es hermoso contemplar á un pueblo que se afana en arrancar á la tierra cuanto de ella puede obtener y que estudia las infinitas maneras de poder cambiar sus productos naturales con los de otros países, buscando siempre esa fuente productiva del comercio universal.

Es digno de todo encomio, ese afán industrial que hoy constituye el nervio, digámoslo así, de la sociedad moderna y que obedeciendo el pueblo á íntimas convicciones y tendencias, trate de asimilarse todo lo nuevo y todo lo que, por referirse al progreso humano, ha de llevarle, sin género de duda, al olvido de esas antiguallas é ideas rutinarias, que por tanto tiempo han dominado nuestras conciencias y nuestros sentimientos.

Pero hay algo mejor y que se acerca á los límites de lo sublime: que un pueblo mire al porvenir; y que comprenda que en él está su inmortalidad, y que para conseguirla, ha de poner todos sus desvelos y cuidados, toda su inteligencia y toda su fuerza, sin decaer un momento y sin esperar que otro haga, lo que uno pueda hacer por sí mismo. ¡Todos juntos y por separado; y el que se canse, que se aparte del camino para dejar paso franco á los que le sucedan.

Solo así: con una unión verdad despreciando á los ambiciosos: señalando con el dedo al apóstata y despojándolo de la influencia y apoyo de los demás: dándose todos la mano, para el movimiento de un corazón repercute en los otros y formando una cadena indestructible que arroлле de frente todos los obstáculos que puedan presentarse lograremos ver al pueblo español, dueño de sí mismo y tomar posesión de su imperio.

A. Ortega.

Finalmente el Sr. Sagasta

Picen de Madrid, que después de tanta marcha y contramarcha en el campo de la política conservadora, y de tanteos inútiles, que si algo han probado ha sido la inarmonía de los grupos que componen el núcleo conservador, y la hostilidad en que viven mutuamente, la Regente se ha decidido á llamar al señor Sagasta, para darle el encargo de formar ministerio.

En la mecánica restauradora no cabía otra solución. Desde la muerte de Cánovas solo hay, en España, apariencias de partido conservador; unos cuantos señores, que pueden tutuearse, que á la sombra de Cánovas significaron algo, y que sin los resplandores del prestigio del único hombre que ha tenido la restauración, han puesto al descubierto la vulgaridad de sus pretensiones y de sus aptitudes.

En ningún otro país del mundo volvería á hablarse de Silvela, después de lo sucedido cuando el nombramiento del general Weyler, y de lo que le ha pasado con motivo de la crisis actual, cuyas ridículas consecuencias han caído todas sobre Silvela, del modo más desdichado y aplastante.

Es inútil que Silvela pretenda recoger la jefatura del partido conservador. La tuvo por casualidad y para demostrar, que no vale para director de ninguna colectividad política, porque carece de pensamiento y de voluntad, porque Silvela tiene la viperina lengua del jocoso *causeur* y la trapacería femenil del intrigante nacido para la destrucción.

Justo castigo á su perversidad, dirán, frotándose las manos de gusto, los Tetuán, los Romero Robledo y el general cristiano.

¿Qué vá á ser de nosotros bajo el imperio del señor Sagasta? ¿Es que sabe el Viejo Pastor la gravedad de las circunstancias que atraviesa la política de la restauración? ¿Se ha dado cuenta de ello?

Porque si se figura, que con nombrar ministros á sus deudos y aduladores; con dar la Alcaldía de Madrid á Aguilera; con mandar á esta ciudad de gobernador al señor Larroca y de alcalde al señor Collaso, á cuyos señores nos los sabemos de memoria, ya ha cumplido su misión el partido liberal, se equivoca el señor Sagasta, y se equivocan todos los hombres de su partido.

Después de las últimas agitaciones callejeras, después de los estallidos democráticos contra los clericales, á cuyo empuje han caído los conservadores y subido los liberales, la conducta del señor Sagasta ha de venir inspirada por una serie de atrevimientos y novedades, que si no se formulan luego y no resultan conforme á los deseos de la opinión, dispondrán á todo el país liberal, á todos los demócratas españoles, á una campaña de radical, radicalísima oposición contra el nuevo Gobierno.

Los republicanos estamos, desde este instante, frente al Sr. Sagasta. No sabemos, ni queremos ocultarlo, porque ni estamos dispuestos á dejarnos engañar por el hombre que presidió y sancionó la desintegración de nuestra patria, ni es conveniente que pueda creer el jefe del partido liberal, que los republicanos nos vamos á quedar satisfechos con oír unas cuantas notas desafinadas del himno de Riego.

No esperamos nada del Sr. Sagasta. Es un perezoso, viejo además y achacoso, á quien habrían de molestar la serie de reformas deseadas por el país liberal, en las que no cree el jefe del nuevo gobierno y que repugnan demasiado á los que le inspiran y le amparan con sus prestigios.

La única novedad que nos depara Sagasta, es el cambio de caciques; por lo demás todo igual y aun peor que en tiempos de Silvela; encasillados, chanchullos electorales, Alcaldes de real orden, suspensión de garantías, toda suerte de gatuperios conocidos para contrariar la opinión.

Si fuese posible, en este país de indiferentes, sugestionar á la opinión, la pediríamos, que usando de los medios legales, se echase á la calle, en imponente manifestación, para reclamar el derecho de nombrar cada municipio su alcalde. Contra esa herejía liberal, contra esa monstruosidad del odioso centralismo, debería hacerse una campaña entusiasta, calurosa, hasta obligar al Gobierno á que renunciase para siempre el nombramiento de Alcaldes.

Hay que gobernar con arreglo á otros métodos. Ya sabemos lo que han dado de sí los antiguos, causa y origen de la desmoralización y podredumbre dominantes en las corporaciones de índole popular.

Hay que renunciar á los encasillados, dejando la iniciativa á los distritos para la elección de sus representantes, declarando guerra al cunismo, á la imposición oficial, para averiguar por modo indudable la voluntad de la nación, y para reclamar á esta la designación de hombres nuevos, que los hay por fortuna, conocidos y apreciados en sus respectivas provincias, dotados de carácter y de saber, hombres con vergüenza que no pasarán jamás por las horcas caudinas del caciquismo de la restauración.

Hay que desatar todos los frenos puestos á la palabra, á la reunión y á la manifestación de todos los ideales, sin miedo al desconcierto y á las exageraciones que á la postre corrige el buen sentido del país, con el objeto de averiguar si los hombres que ocupan el poder responden á las orientaciones de la opinión general.

Hay que acabar con la teocracia frailuna y jesuítica, cumpliendo el Concordato, poniendo el poder civil por sobre los demás poderes, y reclamando para el Estado la privativa de la enseñanza y de la educación de las nuevas generaciones en el sentido europeo de la civilización.

Nada de esto, y mucho más que callamos, no cabe ciertamente en el cansado cerebro del señor Sagasta, ni lo comprenden tampoco los gastados compadres que le rodean y adulan.

El tiempo nos dará la razón, y por virtud de este convencimiento aconsejamos á los republicanos, que se aperciban para emprender campaña de oposición, dura, activa, muy activa, dirigida especialmente á levantar el ánimo del país, para llevarle á la indispensable destrucción de esos gastados, podridos instrumentos que sirven al régimen, en quebranto enorme de los intereses de la patria y de la libertad.

E. C. C.

(De La Publicidad.)

Crónica

«Las Noticias» del martes, publican un telegrama fechado en Tortosa, de Domingo, director del «Diario de Tortosa» que dice:

«La opinión pública se muestra disgustada por el desenlace de la crisis, pues esperaba que el resultado sería la formación de un ministerio liberal.»

Esa opinión pública la compondrá la familia del «Diario» y la media docena que esperan el empleo, pues la opinión liberal y demócrata de Tortosa hace tiempo que está retraída en sus casas, no viéndose ni un solo contribuyente por calles y plazas que hicieran ninguna demostración, reinando la mayor indiferencia por si suben los blancos ó bajan los negros.

Al anoecer del martes se recibió la noticia de que había sido encargado el señor Sagasta para formar ministerio, noticia que si se exceptúa á media docena de ex-empleados que pretenden serlo de nuevo, pasó desapercibida.

De no verse algún desahogo por los pretendientes al empleo, nadie hubiese hecho caso del cambio de Gobierno, pues todos saben que por la falta de concentración y arraigo en los partidos monárquicos, la peregrinación de los que quieren vivir del presupuesto será larga, larguísima, pues el afán de los pretendientes no ha de hacer variar la rueda del organismo español, pudiéndose dar el caso de que á los alborotadores y chillones se les aplique la habitación que les corresponde.

El martes por la mañana sufrió una gravísima operación quirúrgica, nuestro particular amigo el acreditado comerciante de esta ciudad, don Francisco Aleixandri Bonfill. La referida operación se realizó con el mayor éxito, siendo practicada por dos médicos de esta localidad.

Damos nuestra más sincera enhorabuena al señor Aleixandri por el buen estado en que hoy se halla, á pesar del gravísimo estado en que se encontraba antes de operarle, á pesar del peligro que corría.

Parece que los industriales zapateros de esta ciudad llegarán á un acuerdo para el aumento de precio en algunas clases de calzado, motivado al precio elevado que pagan todos los materiales que se emplean en su confección. También trabaja para emprender una activa campaña en contra de los parroquianos morosos, que, por desgracia, en esta industria, han sentado sus reales,

en perjuicio de los intereses de los referidos industriales.

El último domingo por la noche, como anunciamos á nuestros lectores, tuvo lugar en el Teatro Principal el DEBUT del ilusionista, rival del célebre Onofroff, doctor Muriente, y de la notable y encantadora sonámbula señora Dorila Santos.

Ambos artistas fueron muy aplaudidos en la mayor parte de los trabajos que ejecutaron con mucha limpieza y perfección, especialmente el de la notable sonámbula señora Dorila Santos, en la presentación de los fenómenos de mesmerismo, cambio de pulsaciones sugeridas, extravío total en la mirada y en la catalepsia total, lo que hace presumir que las demás funciones que darán en el mismo coliseo, se han de ver favorecidas por numeroso público, por ser conocidas ya las cualidades de los artistas.

Según teníamos anunciado, los días 3, 4 y 5, se verificó en las Casas Consistoriales la clasificación y declaración de soldados.

Ha vuelto á aparecer en el estadio de la prensa el valiente colega malagueño «La Bomba».

Hoy se presenta con los mismos bríos de antes y está dispuesto á combatir sin descanso á tantos canallas y tantos explotadores como existen en este desdichado país.

Debido al derretimiento de las nieves el río Ebro ha experimentado una regular crecida la que ha impedido el servicio de la barcaza.

Según telegrama recibido ayer en esta alcaldía en Mequinenza empezaron ayer á descender el caudal de las aguas.

Fallecimientos

Ha fallecido en esta ciudad la virtuosa señora doña Liberata Langa, madre del conocido cafetero don Alejandro Rovira, á quien como al resto de la familia acompañamos en el justo dolor que les aqueja.

Ha dejado de existir en esta ciudad la distinguida señora doña Bibiana Reguera, madre del ilustrado veterinario de caballería don Joaquín Vallés.

Reciba su atribulada familia nuestro sentido pésame.

Ha fallecido en Madrid la excelentísima señora doña Ana Zamora y Valverde, viuda de Alvadalejo y madre política de nuestro distinguido amigo el pundonoroso coronel de infantería don Eusebio Boy.

Sentimos en el alma tan sensible como irreparable pérdida, y al anunciar desde nuestras columnas la muerte de la que en vida fué modelo de madres cariñosas y respetables, no podemos menos que acompañar á nuestro afligido amigo y familia en el profundo sentimiento que les embarga.

Descanse en paz tan bondadosa señora.

Tras breve enfermedad ha fallecido en Barcelona el bizarro y pundonoroso coronel don Emilio Cremata.

La muerte ha sido muy sentida en esta población donde contaba con generales simpatías por su caballerosidad, afable trato y envidiables dotes. Dicho señor estaba emparentado con una distinguida familia de esta localidad.

Enviamos á su distinguida señora y demás familia la expresión de nuestro profundo sentimiento por tan sensible como irreparable pérdida, á la vez que hacemos votos por el eterno descanso del alma de tan digno militar.

Ha fallecido en Pauls la señora dona Mariana Serres, madre de nuestro particular y querido amigo don Juan Ribera, alcalde de dicho pueblo.

Reciba nuestro más sentido pésame por tan sensible pérdida.

ra, Carlos, amigo mío, me juzga V. digno de abrogarme esos derechos y de cumplir esos deberes? El Magistrado, Carlos, nada sabrá de cuanto V. al amigo revele; yo se lo fío.

Señor Ulloa. ¿Y qué puedo yo negar al hombre que á su talento profundo aun un corazón inmenso? Más... es tan honda, tan cruel y tan fresca la herida abierta en el mío, que carezco de valor y de fuerzas para descubrirla con mis propias manos. Sean las de V. diestrisimas las que á ella lleguen, y así acaso en un momento dado fuera el dolor con exceso agudo...

¡Gracias, Carlos! Nada tema V., que llagas más horribles hube de sondar por mi desgracia. Al fin, el hielo vá á romperse y á desgarrarse el velo que su alma me oculta y sus dolores aliviar me impedian! Y ahora, respóndame V. pobre amigo mío, tan sobriamente como usted quiera, que yo sabré adivinar lo que usted calle.

Dispuesto estoy á hacerlo; fuerzas, Dios mío!

Carlos: V. no es el matador del señor Elío... no, no; ni siquiera lo pregunto; lo afirmo.

Es verdad: yo no le maté.

Ni aún sabía V. que era el suyo aquel cadáver.

No lo sabía.

Pero V. fué testigo del... hecho.

Lo fuí.

llero, á no ser la promesa vaga, hecha ya en su delirio, de decirnos mañana lo que hoy nos oculta...

¡Mañana! ¡Su eterno mañana! Ese mañana, señora, es de los que jamás llegan! Mas.... ni V., señora, ni V., señorita, han podido deducir el más ligero, el más debil indicio?

¡Ninguno, caballero, ninguno!

Indicio... no; una sospecha cruel... sí.

Y esa sospecha.... ¿cuál es, Señora?

Esa sospecha.... debe quedar oculta de mi alma en lo más hondo!

¿También V., señora?

¡También yo, señor Ulloa! Y añadir debo, aunque me duela, que si el movíl que á Carlos á callar impulsa es el mismo que mis labios cierra, admiró á mi hijo, le bendigo y me siento orgullosa de ser su madre.... ¡Aún cuando el corazón, con su silencio, me desgarró!

¡Incomprensible misterio!

¡Madre mía!

(Pausa). Señoras: creo que es ya tiempo de que de nuevo dejen Vdes. á Carlos conmigo á solas; su excitación se vá calmando y el hierro debe batirse al rojo. Acaso... ¿quién sabe? Siempre que ustedes lo desean pueden ver á Carlos como hoy.

Creo que dice V. bien, señor Ulloa. (Dirigiéndose á Carlos quien desde el momento en

tentar siquiera saber lo que aquí vá á ocurrir.

Lo prometó y me retiro (Sale puerta izquierda).

ESCENA XI.

ULLOA; poco después el señor ALVAREZ, padre de CARLOS

(Hace sonar un timbre y aparece el alguacil por la puerta derecha).

Que pase ese caballero.

Señor Juez!

Caballero: dice en esta hoja que por asunto urgentísimo de justicia relacionado con el homicidio de que fué víctima el señor Elío, deseaba V. verme sin demora: puede V. hablar con libertad completa.

Gracias, señor juez; pero antes de comenzar desearía...

Porque se detiene V.?

Porque la proposición que voy á hacer á V. es un tanto extraña: desearía que á esta conferencia asistiera... un testigo. Quisiera hablar al Magistrado y...

A quien más?

Al intachable caballero D. Federico Ulloa (Mirando con fijeza al Sr. Alvarez y después de una breve pausa) Puede V. comenzar que ambos le escuchan.

No será breve.

Ni yo lo exijo: mi tiempo no es mío, es de la Justicia

Y.... sabe V. quien fué el matador.

¡Señor Juez! ¡Señor Ulloa!....

Y.... las causas que el homicidio ocasionaron ¿las conoce V. Carlos?

¡Eso no! No; nada sé; todo lo ignoro... y nada adivino... (Pausa que el Juez no interrumpe y que rompe al fin Carlos una voz opaca, hablando muy lentamente, como si pensara en voz alta) Era más de media noche: al cruzar una calleja, en su fondo y casi envueltos en la sombra que un retablo proyectaba, dos hombres, por su porte caballeros, en animado diálogo. No se escuchan sus palabras, más sus ademanes descompuestos denuncian la disputa... Me detuve... ¡acaso mi intervención fuera oportuna.... De pronto algunas frases muy duras, como choque de aceros, pero cuyo sentido me roba la distancia.... Una detonación seca! ¡un fognazo! un hombre que cae y otro que huye, que pasa junto á mí sin verme....

¿Pero V. le vió? ¿le conoció V. Carlos?

Así hubiera ceyado. ¡Yo le vi; le ví como le veo á V. en este instante, señor Ulloa! (Siguiendo en el mismo tono sombrío que antes empleara) Allá, por el opuesto extremo de la calleja, un vigilante avanza haciendo sonar su pito de alarma... otros mas lejos le contestan.... ¡el hombre que huye vá á ser detenido!... arroja un objeto que hiere con metálico sonido las pie-

que entró en escena el Juez ha permanecido echado sobre un sofá oculta la cabeza entre las manos y como ajeno á cuanto en su derredor ocurre y se habla) ¡Carlos! ¡Hijo mío! (Se abrazan madre é hijo en silencio y Aurora se dirige hacia la puerta de la derecha llevando el pañuelo á sus ojos).

BLANCA. (Se dirige á Carlos tendiéndole con afecto sus dos manos): ¡Carlos!

CARLOS. (Vá á tomar las manos de Blanca, pero de pronto se detiene, dobla la rodilla y besa un extremo del negro velo). ¡Esto no más! Gracias! (Las sigue con la mirada hasta que se cierra la puerta).

ESCENA IX.

ULLOA y CARLOS

ULLOA. (Toca afectuosamente á Carlos en el brazo). Carlos ¿se siente V. más tranquilo? ¿Podrá V. concederme un favor que he de pedirle.

CARLOS. ¿Yo conceder á V. favores, señor Juez?

ULLOA. Sí; el de proseguir la conversación que interrumpió la llegada de su madre de V. y de la señorita de Elío.

ULLOA. ¡Ah! Eso.....
Quedamos..... sí, ya recuerdo; quedamos en que V., Alvarez, desconocía el arma con la que se cometió el crimen.

CARLOS. ¡Por piedad, señor Juez!

ULLOA. Si no puedo, si no debo tenerla, amigo, que ahora ya puedo dar á V. este nombre porque con título tal creo honrarme ¿tendrá la desgracia de que V. no me autorice á ostentarlo?

CARLOS. Pero.... ¿vale algo la amistad de un procesado por el horrendo crimen de... asesinato? Mi gratitud, sí, inmensa, eterna, indeleble, quedará en mi pecho grabada hasta el último aliento de mi vida; más, mi amistad, señor Ulloa.....

ULLOA. Es ese un don, Carlos, cuyo valor ha de estimar quien lo recibe, no aquel que lo otorga: y para mi lo tiene, y muy subido, la amistad de V. ¿podré contar con ella desde este momento?

CARLOS. ¿Y puede V. dudarle siquiera, Sr. Ulloa?

ULLOA. Pues desde ahora comenzaré á usar los derechos que ella otorga y á cumplir los deberes que ella impone; y.... ¿sabe V. de esos derechos cual es el más hermoso? El de obtener del amigo la confianza plena, absoluta, sin restricciones, ni reservas, para sufrir ó gozar con él, compartiéndolos, sus alegrías ó sus dolores, que, por extraño caso, dóblanse aquéllas y aminóranse éstos, cuando con un leal amigo se comparten y... ¿de los deberes de la amistad sabe V. cual es el más sagrado, el que eludirse no puede? El de arrancar al amigo, aún á riesgo de quebrantar sus propósitos más firmes, la revelación de la pena que ahoga y mata cuando en el corazón se la encierra con tenaz empeño y que al corazón haría estallar en mil pedazos si por la válvula de la confianza no se aliviara... Y aho-

dras del arroyo y sobre ellas rebota; yo, que le sigo muy de cerca, recojo aquel objeto... ¡era... el arma! Debí lanzar un grito... no lo recuerdo... pero el hombre que huía se pierde á lo lejos, entre las sombras... ¡estaba en salvo! y á mí, empujando el arma que aún humea, me rodean los agentes, me detienen, el arma me arrancan y... ¡heme aquí, señor juez!

ULLOA. Pero V., Alvarez, siguió á aquel hombre que huía para detenerle... ó para salvarle?

CARLOS. Esa pregunta, señor Ulloa!

ULLOA. Esa respuesta, Carlos, le delata á V. Sí; V. le conoció, V. le conoce... ¡Su nombre, Carlos su nombre, ese nombre que es la clave del enigma horrible! Cuanto V. ha dicho es cierto; es la verdad que honrados labios proclaman; es la luz que las tinieblas rasgan. Ese nombre, Alvarez, que necesita poseer el amigo para admirarle á V. más de lo que ya le admira; ese nombre... que casi adivino, que pronunciarán mis labios si V. en callarlo se obstina...

CARLOS. Eso no, señor Ulloa! En voz alta; de manera que á mis oídos llegue, jamás ¡jamás! ¿Quiere V. ese nombre? Pues que ni el cielo ni la tierra lo sientan! Era.... (Escitadísimo y pegando los labios al oído del juez dice una palabra y se cubre el rostro con las manos).

ULLOA. Ah, Carlos! ¡Con cuanta razón siéntese su buena Madre orgullosa de tal hijo! (Separándole las manos del rostro y atrayéndole á sus brazos). A mis brazos, Carlos, que quiero estrechar en ellos á un héroe, al ser mas desdichado que en el mundo existe.

ESCENA X.

Los mismos y el ALGUACIL abriendo la puerta derecha

ALGUACIL. Señor; un caballero pide con urgencia ver á V. S.

ULLOA. (Molestado por la interrupción y separándose de Carlos) Imposible ahora: mañana le recibiré.

ALGUACIL. Añade ese caballero—y perdone V. S. si insisto—que no puede perderse ni un momento y que se trata del asunto de justicia que en este papel se indica (Mostrando una hoja arrancada de una cartera).

ULLOA. Deme V. ese papel (Después de leerlo y con vivo interés) Oh! Sí, sí, que pase al momento... no; que espere unos instantes no más; yo llamaré. (Se retira el alguacil cerrando la puerta) Carlos, V. á esas salas; aléjese V. tanto como pueda; deme V. su palabra de honor de hacerlo.

CARLOS. Pero... ¿que ocurre, señor Ulloa?

ULLOA. Ocorre... no, después, muy pronto, lo sabrá V. todo, pero ahora aléjese V., se lo ruego, hijo mío! Prométame V. no in-